

DESDE NUEVA YORK

# CÓMO FUNCIONA DAVID BYRNE

Buscando explicar cómo funciona la música, el célebre Byrne reunió a un grupo de artistas, bailarines y performances en el legendario Town Hall de Manhattan.

Por: José Manuel Simián / Fotos: Catalina Kulczar

**E**l viaje de David Byrne desde su natal Escocia hacia su actual sitio de leyenda viviente de la isla de Manhattan tuvo varias escalas: su primera infancia en Ontario, Canadá, la segunda en Maryland, y luego un paso por el lugar donde solían formarse las estrellas de rock más pensantes y conceptuales en los '60 y '70, una escuela de diseño y otra de arte, en Providence y Baltimore, respectivamente. Tras abandonar sus estudios en la última, Byrne regresó a Providence, donde formó una banda con el baterista Chris Frantz, que sería la semilla de Talking Heads, pero que disolvió antes de mudarse, finalmente, a Manhattan en 1974 y de seguirlo Frantz y su novia y futura bajista de los Heads, Tina Weymouth, en momentos en que la Gran

Manzana atravesaba por una grave crisis fiscal y de delincuencia, coyuntura triste que serviría de caldo de cultivo para una de las explosiones de creatividad neoyorquina más significativas del siglo XX.

Y el resto, ya parece que hubiera estado escrito desde siempre: Talking Heads se convirtió en una de las bandas claves de fines de los '70 y mediados de los '80, primero juntando el art rock con la New Wave y el pop, y luego yéndose de paseo espiritual por el planeta para traer cada vez más sonidos del mundo, justo cuando comenzaba a inventarse ese término tan práctico pero tan impreciso como políticamente correcto de "world music", y con la disolución de la banda, Byrne, ya convertido en curador de su propio museo de conceptos y sonidos y sensibilidades exóticas, como paladín de la idea, lanzando su sello Luaka



Bop para comenzar a descubrirle a un público –mayoritariamente blanco– la música que el “mundo” allá afuera, mayoritariamente no blanco, venía haciendo y escuchando desde hacía rato. Así fue que Luaka Bop editó, por ejemplo, compilaciones de Silvio Rodríguez y Susana Baca, de Tropicália, de música cubana bailable y distintos lugares de África. Byrne, ya cada vez menos dedicado a hacer discos de canciones, y cada vez más dedicado a otros proyectos –diseñar estacionamientos de bicicletas para Nueva York y promover el ciclismo como forma de (sí, otra vez) conocer el mundo, intervenir un viejo terminal de ferries de Manhattan para convertirlo en instrumento, hacer óperas pop junto al niño maravilla de Broadway Alex Timbers y escribir columnas y hacer podcasts– convertido en artista público y “descubridor” de nuevos sonidos ajenos.

Algo así sucedió la noche del 1 de junio, cuando Byrne curó un espectáculo llamado “This Is How Music Works” (título casi similar a un libro suyo reeditado recientemente) en el Town Hall, un teatro que se mantiene como uno de los recintos intelectualmente más respetables en el pantano de las luces cada vez más Disney de Broadway. Un espectáculo que vendió todos los boletos para gente –sí, ya lo saben– casi absolutamente blanca y progre y bien pensante que, a todas luces, esperaban que el maestro Byrne cantara al menos alguna de esas canciones que nos sabemos todos y que siguen tan vigentes como cuando casi ninguno de los presentes sabía de un lugar llamado CBGB. Byrne, vestido en un coqueto y bien cortado traje rosa, acompañado de zapatillas blancas que hacían juego a su melena enteramente

blanca, lo sabía, y quizás por eso jugó con sus acólitos al comenzar a explicar de qué se trataba el asunto.

“You may ask yourself...”, comenzó su intervención en que explicaba la importancia del Town Hall, citando uno de los himnos de Talking Heads y provocando risas y aplausos del respetable, como si se tratara de una genial ocurrencia, para luego no volver a mencionar el asunto ni su antigua banda ni su música solista el resto de la noche. Lo que sí hizo

***“En sus mejores momentos el cartel de variedades del señor Byrne nos sacaba una sonrisa y nos deslumbraba momentáneamente; en los peores, parecía un programa de concursos televisivo”.***

Byrne fue presentar a los distintos números que había seleccionado, una muestra de la “originalidad, diversidad y expresión” en los condados de Nueva York y las áreas aledañas: la filial del Bronx de Batalá, un grupo de afropercusión formado solo por mujeres nacido en Salvador de Bahía; el artista de performance Paul Lazar, quien interpretó una coreografía de movimientos predeterminados mientras recitaba unos monólogos de John Cage en orden aleatorio; el grupo de salto sobre cuerda doble (“double dutch”) Floyd Little; un duelo de baile “flex” (estilo callejero de Brooklyn con raíces en Jamaica); la comedia improvisada en clave hip-hop por el grupo North Coast; la coreografía “step” de las Lady Dragons de la Brooklyn Technical High School, y las armonías angelicales e inofensivas del grupo callejero Peace Industry Music Group.

En sus mejores momentos –cuando las Lady Dragons eran enigmáticas y borraban conceptos raciales y geográficos con su mezcla de prácticas escolares afroamericanas con imaginería china, o cuando uno de los bailarines de flex parecía quebrar su cuerpo y flotar sobre una canción pop–, el cartel de variedades del señor Byrne nos sacaba una sonrisa y nos deslumbraba momentáneamente; en los peores, parecía un programa de concursos televisivos curado para sorprender a personas que no se molestarían en tomarse el mismo subway que los había traído a la calle 43 para ir al fondo de Brooklyn a ver a estos mismos artistas exóticos en su hábitat natural.

Por sobre todo, sin embargo, el colorido espectáculo resultó más una suerte de mantra inocente contra el terrible momento por el que pasa Estados Unidos, pero nada que pudiera acercarse a una respuesta a esa pregunta ambiciosa planteada en el cartel: cómo funciona la música. De hecho, la aproximación más cercana llegó justo al final del espectáculo, cuando Byrne regresó al escenario y pidió a todos los asistentes que miraran el papelito que habían recibido al entrar y cantaran junto a él, a puras voces y palmas, el hit de Whitney Houston “I Wanna Dance with Somebody”. Sobre el término de la canción, cuando todo sube un tono antes de que se repita el coro, cuando tanto el curador de museos de rarezas vivientes como los asistentes se habían fundido gritando esos versos memorizados sin querer y ya no existían las jerarquías, ahí sí que nos acordamos de cómo funciona la música y no tanto de cómo funciona David Byrne. /@revista cosas

